

quien importaba menos el dinero que la conservación de sus privilegios, no quería ni oír hablar de un impuesto que la hubiera hecho tributaria.

Los espíritus se hallaban agitados entonces por diversos motivos: la asamblea de los Notables, la contribución territorial, el comercio de granos, la próxima reorganización de los Estados Generales, el pleno tribunal y el *casamiento de Figaro*, la creación de los grandes Bailíos, Cagliostro y Mesmer, y otros muchos incidentes fútiles y graves, eran objeto de controversia en todas las familias. La nobleza bretona se había convocado en Rennes para protestar contra el establecimiento del pleno tribunal: yo asistí a esta dieta; la primera reunión política en que me hallé en mi vida. Los gritos y el barullo que reinaban en ella me aturdieron al mismo tiempo que me divertían; subíanse sobre las mesas y sobre los asientos, y muchas veces gesticulaban y hablaban todos a la vez. El marqués de Tremargat, que tenía una pierna de madera, gritaba con voz estentórea: «Corramos todos a casa del gobernador, señor de Thiard, y digámosle: la nobleza bretona se halla a sus puertas y desea hablarle: el rey mismo no se atrevería a rehusarle su permiso.» Este rasgo de elocuencia arrancó tantos bravos, que retemblaban las bóvedas del salón. «Sí, señores — proseguía Tremargat — ¡el mismo rey no lo rehusaría!» Y los aplausos volvían a repetirse con más fuerza.

Fuimos a casa del señor Thiard, hombre de corte, poeta exótico, espíritu dulce a la par de frívolo, y a quien causaban un cruel hastío nuestros alborotos; nos miraba como si fuéramos unos jabalíes o unas bestias salvajes; deseaba ardientemente salir de nuestra Armórica, y no se opuso a que entráramos en su palacio. Nuestro orador le dijo cuanto le vino a las mientes, y en seguida se redactó a presencia nuestra la siguiente declaración: «Declaramos infames a todos los que acepten cualquier empleo, ya sea en la moderna administración de justicia, ya en la de los estados, si no están reconocidos por las leyes constitutivas de la Bretaña.» Se nombraron doce hidalgos para que presentasen al rey este documento, y cuando llegaron a París los encerraron en la Bastilla, de donde salieron poco después como unos héroes, siendo recibidos a su regreso con ramos de laurel. Llevábamos en nuestro traje grandes

botones de nácar, con una inscripción, que decía: «Antes morir que ser deshonrados.» Triunfamos de la corte, de quien triunfaba todo el mundo, y caímos con ella en la misma sima.

París, octubre de 1821.

MI MADRE RETIRADA EN SAINT-MALO. — LA PRIMERA TONSURA. — CERCANÍAS DE SAINT-MALO. — EL APARECIDO. — LA ENFERMEDAD. — ESTADOS DE BRETAÑA EN 1789. — INSURRECCIÓN. — MUERTE DE SAINT-RIVEUL, MI COMPAÑERO DE COLEGIO.

En esta época fué cuando mi hermano, constante en sus proyectos, tomó el partido de poner los medios para agregarme a la orden de Malta. Era indispensable para obtener esta gracia, estar ordenado de primera tonsura, cuya orden podía conferirme el señor Courtois de Pressigny, obispo de Saint-Malo. Regresé a mi ciudad natal, adonde se había retirado mi madre a pasar el último tercio de su vida, orando por el día en la iglesia y haciendo calceta en casa por la noche. Era tan distraída que una mañana la encontré en la calle, llevando debajo del brazo una de sus chinelas a guisa de devocionario. Cuando estábamos solos, improvisaba cuentos en verso, que hacían mi delicia, y en uno de los cuales figuraba el diablo sacando por la chimenea a un impío.

Le diable en l'avenue
Chemina tant et tant,
Qu'on en perdit la vue
En moins d'une heure de temps.

«El diablo caminaba tan aceleradamente, que se perdió de vista en menos de una hora.»

«Me parece, dije yo, que para ser el diablo no andaba muy de prisa.»

Pero la señora de Chateaubriand me probó que yo no entendía una palabra de esto: ¡era una excelente mujer mi madre!

También me refirió una larga lamentación sobre la *Verdadera historia de un ánade en la ciudad de Monfort-le-Canelles-Saint-Malo*. Cierta señora habla encerrada a una bellísima joven en el castillo de Monfort, con el objeto de deshonrarla. Por la claraboya de la prisión se veía la iglesia de San Nicolás, y habiendo rogado al Santo, con los ojos llenos de lágrimas, que la libertase de aquel peli-

gro, fué transportada fuera del castillo milagrosamente; mas, por desgracia, cayó en manos de los criados del felón, los cuales quisieron tratarla como suponían que la había tratado su amo. La pobre joven, al verse perdida sin remedio, tendió la vista en torno suyo para implorar socorro, y no vió más que unos cuantos ánades sobre el agua del estanque del castillo. En tan apurado trance, volvió a rogar a San Nicolás que permitiese a aquellas aves que fuesen testigos de su inocencia, a fin de que, si llegaba a perder la vida y se veía imposibilitada, por lo tanto, de cumplir los votos que había hecho al Santo, los cumpliesen dichas aves por ella, a su modo, en su nombre y por su persona.

Aquel mismo año murió la joven, y en la festividad de la traslación de las reliquias de San Nicolás, que era el 9 de mayo, se presentó en la iglesia un ánade acompañado de sus polluelos, andando y revoloteando alrededor del bienaventurado libertador, como si quisiera demostrar que venía a cantarle alabanzas; después se volvió al estanque, dejándole en ofrenda uno de sus polluelos. Pasado algún tiempo se marchó también éste sin que nadie lo notase. Por espacio de más de doscientos años continuó yendo a la iglesia de San Nicolás de Monfort el mismo ánade con sus polluelos, en el mismo día y hora. *Esta verdadera historia* fué escrita e impresa en 1652. Mi madre seguía una tradición falsa; la joven encerrada en el castillo de Monfort era una princesa que obtuvo la merced de ser convertida en ánade para libertarse de la violencia de su vencedor. Solamente recuerdo una estrofa del romance:

Cane la belle est devenue,
Cane la belle est devenue,
Et s'envola, par une grille,
Dans un étang plein de lentilles.

«La hermosa joven fué convertida en ánade; se escapó volando por una claraboya, y fué a parar a un estanque lleno de lentejas.»

La señora de Chateaubriand, que era una santa mujer, obtuvo del obispo de Saint-Malo la promesa de conferirme la primera tonsura; gracia que, si se atiende a que el buen prelado era demasiado escrupuloso, le parecía una profanación que tenía tendencia al pecado de simonía, pues era conferir la primera orden eclesiástica a un lego y a un militar.

Vestido de uniforme y ceñida la espada me arrodillé a los pies del prelado, pa-

ra recibir la prima tonsura, y después de cortarme unos cuantos cabellos de la parte superior de la cabeza, hizo que me expidieran mi correspondiente título. En posesión de este documento, y así que fuesen admitidas mis pruebas de nobleza en Malta, quedaba apto para recibir doscientas mil libras de renta: esto, que constituía un abuso en el orden eclesiástico, era una cosa muy útil en el orden político de la antigua constitución. ¿No era preferible que esta especie de beneficio militar se agregase a la espada de un soldado que a la sotana de un abate, que había de comerse su gruesa prebenda paseando por las calles de París?

La prima tonsura sirvió de pretexto a algunos biógrafos mal informados para decir que mi primera vocación fué la del estado eclesiástico.

Esto sucedía en 1788. En aquella época tenía yo caballos, y me divertía en correr por la campiña o en galopar a la orilla del mar, contemplando las olas, mis quejumbrosas y antiguas compañeras; a menudo me apeaba en la playa, recreándome en verlas.

Nada tan delicioso como las cercanías de Saint-Malo en un radio de cinco a seis leguas. Las orillas del Rance, desde su embocadura hasta Dinán, merecen, por sí solas, atraer a los viajeros: allí se encuentran interpoladas a cada paso las rocas y los cuadros de verdura, los arenales y los bosques, los antiguos castillos de la Bretaña feudal y las modernas quintas de la Bretaña comercial. Estas han sido construídas en un tiempo en que eran tan ricos los negociantes de Saint-Malo, que, en sus días de regocijo, despilfarraban las piastras, arrojándoselas al pueblo por la ventana. Bonnaban, castillo de los señores de La Saudre, está construído casi todo con mármol traído de Génova; la Briantais, el Bosque, el Montmarin, la Balue y Colombier, tenían jardines llenos de naranjos y adornados con estatuas y magníficas fuentes. El mar ofrece también a la vista, por encima de las tapias de un parterre, sus embarcaciones, sus calmas y sus tempestades.

Todos los aldeanos poseen una casita blanca con su correspondiente jardín. Los terratenientes de la costa son de una raza normanda: las mujeres son altas, delgadas, ágiles, y visten jubones de lana parda, falda corta de algodón o de seda rayada, y medias blancas con cuadros azules. Suelen llevar en la cabeza una especie de cofieta de punto o de batista,

Todas las mañanas, en la primavera, se ve bajar en sus barcas a estas hijas del Norte, que parece que van a invadir el país cuando llevan al mercado sus cestas llenas de frutas y sus limpios quesos y cuajadas; al verlas sosteniendo con una mano en la cabeza vasijas negras llenas de leche o canastillas de flores; o al notar el contraste que forman sus blancas tocas con sus ojos azules, su sonrosado semblante y su rubia cabellera cubierta con perlas de rocío, se diría que las Valkirias del Edda, la más joven de las cuales es el Porvenir, o las Canéforas de Atenas, no tenían tanta gracia.

Me despedí de mi madre para ir a ver a mis hermanos mayores, que vivían en las cercanías de Fougères, y permanecí un mes en la posesión de la señora de Chateaubourg. Tenía dos casas de campo; Lascardais y el Plessis, rodeadas de bosques, de peñascos y de arenales, situadas en las inmediaciones de Saint-Aubin-du-Cormier, célebre por su torre y su batalla. El mayordomo de mi hermana era un tal señor Livoret, jesuita en otro tiempo, y al cual le sucedió una extraña aventura.

Cuando fué nombrado mayordomo de Lascardais, acababa de morir el conde de Chateaubourg, padre: El señor Livoret, que no lo había conocido, se encargó de la vigilancia del castillo. La primera noche que durmió solo en él, vió entrar en su habitación a un anciano pálido, con bata, gorro de noche, y con una pequeña bujía en la mano. La aparición se fué acercando, y después de dejar la luz sobre la chimenea, se puso a atizar el fuego, sentándose después en un sillón. El señor Livoret estaba temblando de pies a cabeza; pasadas dos horas, se levantó el anciano, volvió a coger su luz, y salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

A la mañana siguiente el mayordomo refirió su aventura a los colonos, los cuales afirmaron, por la descripción que el señor Livoret les hizo del aparecido, que era su antiguo amo. Pero no fué esto solo: si el señor Livoret salía al bosque y volvía la cabeza, se encontraba con el fantasma; si tenía que atravesar en el campo algún vallado de espinos o de retama, veía a la sombra a caballo sobre él mismo. Un día el pobre perseguido se atrevió a decirle: «Déjeme, caballero de Chateaubourg»; el aparecido le respondió lacónicamente: «No.» El mayordomo, hombre indiferente y positivo, y

cuya imaginación, además, no era de las más brillantes, contaba su historia tantas cuantas veces se le decía que la contase, siempre con el mismo acento de convicción.

Algún tiempo después hice un viaje a Normandía con un oficial de los más bizarros, que padecía de una fiebre cerebral, y nos alojamos en casa de un pechero. Nuestras camas estaban separadas únicamente por un viejo tapiz. Detrás de él sangraban al paciente, y para quitarle los dolores lo metían en un baño de agua de nieve: el infeliz sufría horriblemente cuando se hallaba en aquella tortura, se le amorataban las uñas, se le contraía el semblante, rechinaban sus dientes, y se le caía el pelo de la cabeza y de su larga y puntiaguda barba.

Cuando la enfermedad aflojaba un poco, abría un paraguas, creyendo que debajo de él estaría al abrigo de sus dolencias: si este remedio fuera seguro, preciso sería erigir una estatua al autor de tan importante descubrimiento.

Los únicos buenos ratos que tenía eran aquellos en que iba a pasearme al cementerio de la iglesia de la aldea, el cual está situado en una pequeña altura. Allí me entregaba a ilusorios sueños sobre la sociedad de París, sobre mis primeros años, sobre mi fantasma y sobre los bosques de Combours, de los que me hallaba tan próximo por el espacio y tan distante por el tiempo, después regresaba a casa a cuidar a mi pobre enfermo; era un ciego conduciendo a otro ciego.

¡Ay! un golpe, una caída, un dolor moral, pudieran haber arrebatado su genio a Homero, a Newton y a Bossuet, y aquellos hombres divinos, en vez de excitar una piedad profunda y un sentimiento amargo y eterno, tal vez hubieran sido objeto de burla. He conocido y amado a muchas personas, cuya razón se ha extraviado al lado mío como si yo llevara el germen del contagio. No acierto a explicarme el cruel buen humor que respira la obra maestra de Cervantes, sino por medio de una triste reflexión: considerado el hombre de una manera absoluta y pensando detenidamente en el bien y el mal, casi le darían a uno tentaciones de desear cualquier accidente que nos llevara al olvido, como un medio de libertarse de sí mismo: un borracho alegre es una criatura feliz. A no ser por la religión, la mayor felicidad sería haberse ignorado a sí mismo y llegar a la muerte sin haber sentido la vida.

La señora Lucila y la señora de Tarcy, que me habían acompañado en mi viaje a Bretaña, desearon regresar a París; pero yo tuve precisión de quedarme, por la situación turbulenta de la provincia. Los Estados habían sido convocados para fin de diciembre (1788). La municipalidad de Rennes, y a su ejemplo las demás municipalidades de Bretaña, prohibieron a sus respectivos diputados el que se ocupasen en ningún otro asunto hasta tanto no quedase enteramente arreglada la cuestión de las pechas de *fogage*.

El conde Boisgelin, que debía presidir el orden de la nobleza, llegó a Rennes, y en seguida se pasaron oficios convocando a todos los nobles, incluso aquellos que eran, como yo, demasiado jóvenes para tener voto deliberativo. De un momento a otro podíamos ser atacados, y como había tanta necesidad de brazos como de votos, todos acudimos a nuestro puesto.

Antes de la apertura de los Estados hubo varias reuniones preparatorias en casa del señor de Boisgelin. Todas aquellas escenas ruidosas que antes había yo presenciado, volvieron a reproducirse. El caballero de Guer, el marqués de Tremargat y mi tío el conde de Bedée, a quien apodaban *el de la alcachofa*, a causa de su inmensa gordura, en contraposición de otro Bedée, flaco y larguirucho, a quien llamaban *el espárrago*, rompieron una porción de sillas, encaramándose para perorar. El señor de Tremargat acarrea algunos amigos a su partido: cierto día que se trataba de establecer una escuela militar para educar en ella a los hijos de la nobleza pobre, un individuo del estado llano preguntó: «¿Y para los nuestros?» «Para los suyos el hospital», respondió Tremargat: frase de la cual se apoderó el pueblo, y que produjo sus frutos.

El resultado de nuestras deliberaciones fué que la nobleza trataría primero de los asuntos generales, y no pasaría a ocuparse en las pechas sino después de terminar todas las cuestiones: esta resolución era diametralmente opuesta a la que había adoptado el estado llano. Los nobles no tenían mucha confianza en el clero, el cual solía abandonarlos con frecuencia, y, sobre todo, cuando lo presidía el obispo de Rennes, personaje muy comedido, que hablaba con un ligero ceceo, que no carecía de cierta gracia, y gozaba de algún prestigio en la corte. *El Centinela del Pueblo*, periódico que re-

dictaba en Rennes un aprendiz de escritor, que había ido expresamente de París, fomentaba los odios.

Los Estados se reunieron en el convento de los dominicos, situado en la plaza de Palacio. Entramos en el salón de sesiones, y, apenas nos habíamos constituido, empezó a asediarnos el pueblo. Los días 25, 26, 27 y 28 de enero de 1789 fueron para nosotros días muy aciagos. El conde de Thiard tenía muy pocas tropas, y, como era un hombre de carácter indeciso y falto de energía, no hacía más que ir de un lado para otro, sin hacer nada. La escuela de jurisprudencia de Rennes, a cuya cabeza estaba Moreau, pidió auxilio a los jóvenes de Nantes, cuatrocientos de los cuales entraron en la ciudad, sin que los ruegos y amenazas del gobernador pudieran impedirlo. Las reuniones, en diferente sentido, habían llegado a ser unas colisiones sangrientas.

Cansados al fin de vernos bloqueados en nuestro salón, adoptamos la resolución de salir fuera, espada en mano. A una señal del presidente desenvainamos todos a la vez las espadas, y como una guarnición exhausta de víveres, al grito de *¡viva la Bretaña!* hicimos una furiosa salida, decididos a arrollar a los sitiadores. El pueblo nos recibió a gilbidos y a pedradas, y empezó a descargar sobre nosotros sendos palos y algunos tiros de pistola. La mayor parte de los nobles salieron heridos, y muchos de ellos quedaron contusos y completamente estropeados. Cuando, después de mil trabajos y sudores, conseguimos vernos libres, cada cual se fué a su casa.

Entre los nobles, los estudiantes de jurisprudencia y sus amigos de Nantes hubo bastantes desafíos. Uno de éstos tuvo lugar en la Plaza Real, a presencia de todo el mundo: la victoria se decidió a favor del viejo Keralieu, oficial de marina, que fué atacado por su adversario, defendiéndose con tal energía, que mereció los aplausos de sus mismos enemigos.

En otro grupo estaban el conde de Montboucher y un estudiante, llamado Ulliacs, a quien dijo el primero en medio del combate: «Caballero, esta cuestión debemos ventilarla nosotros.» Formóse al punto un círculo en torno de los dos, y habiendo hecho saltar Montboucher la espada de su contrario, se la devolvió en seguida, y después se abrazaron cordialmente.

La nobleza de Bretaña no sucumbió al

menos sin honra: se negó rotundamente a enviar sus diputados a los estados generales, porque no había sido convocada según las leyes fundamentales de la constitución de la provincia; algún tiempo después fué a reunirse en gran número con los ejércitos de los príncipes, y se dejó diezmar con Condé o con Charette en las guerras de la Vendée. ¿Hubiera introducido algún cambio la nobleza bretona en la Asamblea Nacional si hubiera llegado el caso de asistir a ella? No es fácil; en las grandes transformaciones sociales, la resistencia individual es impotente contra los hechos. Con todo, no se puede calcular lo que hubiera podido producir un hombre del genio de Mirabeau, pero de ideas opuestas, si hubiese existido en el orden de la nobleza bretona.

El joven Boishue y mi camarada de colegio Saint-Riveul, habían perecido antes de estas escaramuzas al dirigirse a la cámara de la nobleza: en vano fué defendido el primero por su padre, el cual presenció su muerte.

Lector, me veo obligado a detenerte, para que veas correr las primeras gotas de sangre que debía derramar la revolución. El cielo quiso que fueran de un compañero de mi infancia. En el supuesto de que hubiera sucumbido yo en lugar de Saint-Riveul, hubieran dicho de mí, sin más alteración que la del nombre, lo mismo que dijeron de la primera víctima que dió principio a la gran inmolación: «Un noble, llamado *Chateaubriand*, fué muerto al dirigirse al salón de los Estados.» Esta breve frase habría reemplazado mi larga historia. ¿Hubiera representado Saint-Riveul el mismo papel que yo sobre la tierra? ¿Estaba destinado a la obscuridad o al brillo de la fama?

París, octubre de 1821.

AÑO DE 1789.—VIAJE DE BRETAÑA A PARÍS.—MOVIMIENTO SOBRE PARÍS.—ASPECTO DEL MISMO.—VUELTA DEL SEÑOR NECKER.—VERSALLES.—REGOCIJO DE LA FAMILIA REAL.—INSURRECCIÓN GENERAL.—TOMA DE LA BASTILLA.—EFECTO QUE PRODUJO EN LA CORTE LA TOMA DE LA BASTILLA.—LAS CABEZAS DE FOCÉLON Y DE BERTHIER.—VUELVE A SER LLAMADO EL SEÑOR NECKER.—SESIÓN DEL 11 DE AGOSTO DE 1789.—JORNADA DEL 5 DE OCTUBRE.—CONDUCCIÓN DEL REY A PARÍS.

El año de 1789, famoso en nuestra historia y en la historia de la especie hu-

mana, me sorprendió en los arenales incultos de mi país natal; no habiendo podido dejar la provincia sino demasiado tarde, llegué a París después del saqueo de la casa Rebeillon, la apertura de los estados generales, la constitución del estado llano en asamblea general, la incorporación a éste del clero y la nobleza, el juramento del Juego de pelota y la sesión real del 23 de junio.

En todos los pueblos de mi tránsito reinaba la mayor agitación: los campesinos detenían los carruajes en las aldeas, pedían los pasaportes e interrogaban a los viajeros. A medida que me aproximaba a la capital, el movimiento y la agitación iban siendo mayores. Al pasar por Versalles vi acuarteladas las tropas en los jardines, las plazas llenas de trenes de artillería, la sala provisional de la asamblea nacional situada en la plazuela de palacio, y a los diputados que andaban de un lado a otro mezclados con los curiosos, los soldados y la real servidumbre.

Las turbas invadían las calles de París; los transeuntes se reunían alrededor de los guardacantones, y pronunciaban discursos; los tenderos abandonaban sus mostradores para ir en busca de noticias, que contaban luego a la puerta de sus tiendas; los alborotadores se aglomeraban en la plaza del real palacio; Camilo Desmoulins empezaba a distinguirse entre los grupos.

Casi en el mismo instante en que nos apeamos la señora de Tarcy, señora Lucila y yo en una fonda de la calle de Richelieu, estalló una insurrección: el pueblo se dirigió a la abadía para poner en libertad algunos guardias que habían sido arrestados por sus jefes. Los oficiales del cuadro de un regimiento de artillería, acuartelado en los Inválidos, se unieron al pueblo. Aquel día principió la defecación en el ejército.

La corte, unas veces dispuesta a ceder y otras a resistir, tenaz y débil al mismo tiempo, y manifestando tan pronto miedo como valor, se dejó burlar por Mirabeau, el cual pidió el alejamiento de las tropas y no consintió en que se alejasen; aceptó la afrenta, y no destruyó la causa. Se propaló la noticia de que venía un ejército por el sumidero de Montmartre, y de que los dragones iban a forzar las barreras; se excitó al pueblo a que desempedrar las calles, subiendo las piedras hasta los quintos pisos, para arrojarlas después sobre los satélites del ti-

rano: los parisienses pusieron en seguida manos a la obra. En medio de aquel trastorno recibió Necker la orden de retirarse. El nuevo ministerio se componía de los señores de Breteuil, de Galai-zière, del mariscal de Voglie, de la Vauguyon, de La Porte y de Foulon, reemplazando a los señores Montmorin, de La Luzerne, de Saint-Priest y de Nivernais.

Un poeta bretón, que hacía muy poco tiempo que se había dado a luz, me suplicó que lo llevase a Versalles.

Decidíme a llevar a mi Píndaro a la hora de misa a la galería de Versalles. El Ojo de Buey estaba radiante: la vuelta del señor Necker había exaltado los ánimos; se creía segura la victoria, y Sanson y Simon, confundidos entre las masas, eran quizá espectadores del regocijo de la familia real.

La reina pasó con sus dos hijos, cuyas rubias cabelleras parecían reclamar una corona: la señora duquesa de Angulema, que entonces tenía once años, atraía las miradas de todos por su virginal orgullo: hermosa con la nobleza del rango y la inocencia de la juventud, parecía decir, como la flor de naranjo en la guirnalda de *Julia*, de Corneille:

J'ai la pompe de ma naissance.

El delfín caminaba bajo la protección de su hermana, y el señor Du Touchet iba detrás de su discípulo, quien me reconoció, llamando hacia mí la atención de la reina. S. M. me miró sonriéndose, y me saludó de la graciosa manera que lo había hecho el día de mi presentación. Nunca olvidaré aquella mirada que tan pronto debía extinguirse.

María Antonieta dibujó tan perfectamente al sonreírse la forma de su boca, que el recuerdo de aquella sonrisa (¡cosa horrible!) me hizo reconocer la mandíbula de la hija de los reyes en las exhumaciones de 1815.

El eco del golpe dado en Versalles retumbó en París. A mi regreso hube de retroceder al ver a la multitud que llevaba los bustos del señor Necker y del duque de Orleans, cubiertos con crespones; se decía: ¡*Viva Necker!* ¡*Viva el duque de Orleans!* Y entre estos vivas se oía de vez en cuando otro más avanzado e imprevisto: ¡*Viva Luis XVII!* ¡Vitoreaban a aquel mismo niño cuyo nombre no se hallaría en la inscripción fúnebre de su familia si yo no lo hubiese recordado en la cámara de los Pares! El príncipe de Lambesc, a la cabeza del regimiento Ro-

yal-Allemand, hizo retroceder al pueblo desde la plaza de Luis XV hasta el jardín de las Tullerías, hiriendo a un anciano; este incidente dió ocasión a que cundiera la alarma por todas partes. Armáronse los paisanos con picas, garrotes, horquillas, sables y pistolas, y, mientras unos saqueaban a Saint-Lazare, otros incendiaban las murallas. Apoderáronse de las riendas del gobierno los electores de París, y en una noche fueron organizados, armados y equipados de guardias nacionales, sesenta mil ciudadanos.

El 14 de julio fué tomada la Bastilla. Yo asistí en calidad de simple espectador a este asalto, que defendían únicamente algunos inválidos y un gobernador tímido. Si las puertas hubiesen estado cerradas, el pueblo no hubiera entrado jamás en la fortaleza. Solamente vi disparar dos o tres cañonazos, y estos disparos no fueron hechos por los inválidos, sino por algunos guardias franceses que habían subido ya a los torreones. Sacaron a de Launay de su escondrijo, y después de hacerle sufrir mil ultrajes, le aporrearon en las gradas del *hotel de Ville*; el síndico del comercio Flesellés, fué herido en la cabeza de un pistoletazo; tal era el espectáculo que encontraban tan agradable los hipócritas sin corazón. En medio de aquellos asesinatos, el pueblo se entregaba a la orgía, como lo hizo en las turbulencias de Roma en tiempo de Othon y de Vitelio. Felices y borrachos, proclamados conquistadores en tabernas, los vencedores de la Bastilla fueron paseados en triunfo por las calles y las plazas en carruajes de alquiler, escoltados por las prostitutas y los *sans-culottes*, cuyo reinado daba entonces principio.

Se multiplicaron las llaves de la Bastilla, y se remitieron a todos los fatuos de importancia de las cuatro partes del mundo. Si en aquella época en que representé el papel de espectador, me hubiera inscrito en el registro de los vencedores, disfrutaría hoy una pensión.

Los peritos acudieron presurosos a hacer la autopsia de la fortaleza. Establecieron cafés provisionales en algunas tiendas de campaña, y la concurrencia se aglomeraba allí como en la feria de Saint-Germain o de Longchamp. Entre los obreros medio desnudos que demolian las murallas, con aplauso de la muchedumbre, había varias mujeres bien vestidas y algunos jóvenes elegantes. Presenciaban, además, este espectáculo, los oradores de más fama, los literatos más

conocidos, los pintores más célebres, los actores y actrices de más reputación, las bailarinas que estaban más en boga, los extranjeros más ilustres, los señores de la corte y los embajadores de Europa: la Francia antigua acudía para presenciar su fin: la moderna para empezar su existencia.

Por odioso o miserable que sea un suceso, no debe ser tratado con ligereza cuando es grave por las circunstancias y llega a formar época; lo que debió llamar la atención en la toma de la Bastilla no era precisamente el acto violento de la emancipación del pueblo, sino la emancipación misma, que fué el resultado de este acto.

Se admiró que debía condenarse; es decir, el accidente, y nadie buscó en el porvenir los destinos cumplidos de un pueblo, la transformación de las costumbres, de las ideas y de los poderes políticos, y una renovación de la especie humana, cuya era inauguraba, con un sangriento jubileo, la toma de la Bastilla. La cólera brutal se cebaba en hacer ruinas, y la inteligencia, escudada y oculta bajo la cólera, fundaba con estas ruinas los cimientos del nuevo edificio.

Mas, si la nación se equivoca acerca del hecho material, no se equivoca lo mismo sobre el hecho moral: aquella fortaleza era, a sus ojos, el trofeo de la esclavitud, y al verla situada a la entrada de París, al frente de los diez y seis pilares de Montfaucon, la consideraba como la horeca de sus libertades (1). Al destruirla, el pueblo cree que sacude el yugo militar, y no hace más que contraer un empeño tácito de reemplazar el ejército que disuelve: sabidos son los prodigios que hizo el pueblo cuando llegó a convertirse en soldado.

Al despertar Versalles por el ruido de los escombros de la Bastilla, y considerándolo como el ruido precursor de la caída del trono, pasó de la jactancia al abatimiento. El rey acudió presuroso a la asamblea nacional; pronunció un discurso desde la silla de la presidencia, manifestando que estaba dada la orden para el alejamiento de las tropas, y regresó a palacio colmado de bendiciones: ¡demostraciones inútiles!

Ochenta diputados partieron de Versalles para anunciar la paz a la capital;

(1) Hace cincuenta y dos años que se están edificando quince Bastillas para oprimir aquella libertad, en nombre de la cual fué derribada la primera.
(París, nota de 1841.)

tan fausto acontecimiento fué celebrado con iluminaciones. El señor Bailly fué nombrado *maire* de París, y el señor de Lafayette comandante de la guardia nacional. Las revoluciones tienen hombres para todos sus períodos; unos las siguen hasta el fin, y otros las empiezan, pero no las acaban.

Los cortesanos partieron para Basilea, Lausanne, Luxemburgo y Bruselas. La señora de Polignac encontró en su fuga al señor Necker que regresaba. El conde de Artois, sus hijos y los tres Condés, llevando en pos de sí el alto clero y una parte de la nobleza, emigraron también. Los oficiales, amenazados a todas horas por sus insurrectos soldados, cedieron al torrente que los impelía a abandonar sus filas. El rey quedó solo ante la nación con sus dos hijos y algunas damas; la reina, *Mesdames* (las infantas) y la señora Isabel. *Monsieur* (hermano segundo del rey), que se quedó hasta la evasión de Versalles, no podía ser útil a su hermano: la revolución desconfiaba de él, a pesar de que había decidido, en cierto modo, la suerte de la revolución, opinando en la asamblea de los notables por el voto individual; además, no profesaba al rey una gran estimación, comprendía muy mal a la reina, y el afecto de ambos esposos hacia él era bastante frío.

Luis XVI llegó el 17 al *hotel de Ville*, siendo recibido por cien mil hombres armados como los frailes de la Liga. Le arengaron, vertiendo lágrimas, los señores Bailly, Moreau de Saint-Mery y Lally-Toledan. El rey se enterneció también a su vez, y colocó en su sombrero una enorme escarapela tricolor; esto le valió ser declarado al mismo *hombre honrado, padre de los franceses y rey de un pueblo libre*, que se estaba preparando, en virtud de su libertad, a derribar la cabeza del hombre honrado, de su padre y de su rey.

Pocos días después de esta reconciliación me encontraba en los balcones de mi posada con mis hermanas y algunos bretones, cuando oímos gritar: «¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!» Un grupo de descamisados se acercaba corriendo por uno de los extremos de la calle; llevaban dos estandartes, que no distinguíamos bien desde lejos. Así que estuvimos más próximos, vimos que eran dos cabezas desgredadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas: aquellas cabezas eran las de los señores Fou-

llon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon enfrente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brincos para acercar a mi cara aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, que lo habían hecho saltar de su órbita, caía sobre el semblante del cadáver; la pica atravesaba la abierta boca, cuyos dientes mordían el hierro. «¡Miserables!— exclamé, no pudiendo contener mi indignación—: ¿es así cómo entendéis la libertad?» Si en aquel instante hubiera tenido un fusil, lo hubiera disparado sobre ellos como sobre una manada de lobos. Los descamisados dieron bramidos de rabia, y trataron de derribar a golpes las puertas cocheras para subir por mi cabeza y reunirla con las de sus víctimas. Mis hermanas se pusieron malas, y mis acobardados compañeros de la fonda me abrumaron a reconvencciones. Los asesinos, en cuya persecución venía fuerza armada, no tuvieron tiempo de invadir la casa, y se marcharon.

Aquellas cabezas, y otras que vi en igual estado muy poco después, cambiaron mis disposiciones políticas; empezando a germinar en mi espíritu la idea de abandonar Francia y de dirigirme a cualquier país lejano.

El señor Necker, tercer sucesor de Turgot, después de Calonne y Taboureaux, fué llamado por segunda vez al ministerio el 25 de julio, y recibido con festejos y aclamaciones, se vió poco después precipitado por los sucesos, y perdió su popularidad. No dejaba de ser una de las cosas singulares de aquella época que un personaje tan grave hubiese sido elevado al puesto de ministro por los manejos de un hombre tan adocenado y tan ligero como el marqués de Peray. El *rendimiento de cuentas* hizo que substituyese el sistema de empréstitos al de contribuciones, removió las ideas hasta tal punto, que las mujeres discutían acerca de los ingresos y de los gastos; por vez primera se veía o se creía ver alguna cosa en la máquina de números. El señor Necker es el padre de la señora Stael: su vanidad le impedía conocer que su verdadero título para la posteridad era la gloria de su hija.

La monarquía fué demolida en la sesión de la asamblea nacional de la tarde del 4 de agosto. Los que, llevados de su odio a lo pasado, declaman actualmente contra la nobleza, olvidan sin duda que un individuo de su seno, el vizconde de Noailles, secundado por el duque de Ai-

guillon y por Mathieu de Montmorency, fué el demoleedor del edificio que era objeto de las prevenciones revolucionarias. En virtud de la proposición del diputado feudal, fueron abolidos los derechos feudales, los de caza, palomar y vivero, los diezmos, los privilegios de las órdenes, ciudades y provincias, las servidumbres personales, los señoríos de justicia y la venta de los oficios. Los patricios empezaron la revolución, y los plebeyos la terminaron; la vieja Francia debió su gloria a la nobleza francesa; la Francia moderna le debe su libertad, dado caso que exista libertad para Francia.

Las tropas, acantonadas en las cercanías de París, recibieron orden de retirarse, y por uno de esos consejos contradictorios que hacían fluctuar la voluntad del monarca, fué llamado a Versalles el regimiento de Flandes. Los guardias de corps dieron un banquete a la oficialidad del mismo, donde se enardecieron las cabezas algún tanto; la reina se presentó a la mitad de la comida con el delfín, y hubo abundancia de brindis a la salud de la familia real: Luis XVI asistió también, y la música militar tocó la canción entusiasta y favorita: *Oh Richard, oh mon roi!* Al llegar a París la noticia de este banquete, los de opinión opuesta se apoderaron de ella con una avidez extraordinaria: se esparció el rumor de que Luis rehusaba su sanción a la declaración de los derechos para escaparse a Metz con el conde de Estaing. Marat, que en aquella época redactaba *El Amigo del Pueblo*, fué el propagador de estos rumores.

Yo no fuí testigo de los sucesos del 5 de octubre. La relación de lo acaecido en aquella jornada se supo en la capital en la madrugada del 6, y nos anunciaron al mismo tiempo que el rey venía a París. Todo lo que yo tenía de tímido en los salones, tenía de audaz y osado en las plazas públicas: me creía nacido para la soledad o para el *forum*. Fuí a los Campos Elíseos, y lo primero que se ofreció a mi vista fueron los cañones, sobre los que iban montadas a horcajadas algunas harpías, ladronas y prostitutas, diciendo obscenidades y haciendo los gestos más inmundos. Detrás, y en medio de una horda compuesta de gentes de ambos sexos y de todas edades, caminaban a pie los guardias de corps, que se vieron precisados a cambiar con los guardias nacionales sus sombreros, espadas y tahalíes: cada uno de sus caballos llevaba encima

a dos o tres verduleras, asquerosas barrantes, que iban borrachas y con los pechos al aire. Luego seguía la diputación de la Asamblea nacional, y los carruajes del rey, que rodaban por la obscuridad polvorosa de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del coche iban algunos traperos llenos de guñapos, y carniceros con su sangriento delantal a la espalda, con su desnudo cuchillo a la cintura, y las mangas remangadas: el imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo jaez. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: ¡*Ahi van el pastelero, la pastelera y el marmitón!* Delante del hijo de San Luis, y a guisa de oriflama, se elevaban sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo de Bailly dijo a Luis XVI en el hotel de Ville que el pueblo, humano, fiel y respetuoso, acababa de conquistar a su rey: y el monarca, por su parte, muy sensible a esta manifestación y muy contento, declaró que había ido a París por su propia voluntad: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonoraban a todos los hombres y a todos los partidos. El rey no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad, hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia de Luis XVI, santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.—MIRABEAU. — UNA SESIÓN DE LA ASAMBLEA NACIONAL.—ROBESPIERRE.—SOCIEDAD. — ASPECTO DE PARÍS.—DE LO QUE YO HACÍA EN MEDIO DE ESTE BULLICIO.—MIS DÍAS SOLITARIOS.—LA SEÑORITA MOUET.—ARREGLO CON MALESHERBES MI VIAJE A AMÉRICA.—BONAPARTE Y YO, SUBTENIENTES DESCOCIDOS.—EL MARQUÉS DE LA ROUERIE.—ME EMBARCO EN SAINT-MALO.—ÚLTIMOS PENSAMIENTOS AL DEJAR MI PAÍS NATAL.

Los diputados abandonaron Versalles y tuvieron su primera sesión el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manège, cerca de las Tullerías.

La asamblea constituyente, a pesar de todo lo que puede reprochársele, no dejó de ser por eso la congregación popular

más ilustre que había existido, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestión política, por elevada que fuese, que no tratase y decidiese con acierto. ¡Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente a los acuerdos de los estados generales, y no hubiese tratado de avanzar más de lo que éstos avanzaron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humana habían descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquía y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta también la reclamación de todas las libertades, incluso la de la prensa, y la promoción de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, la enseñanza, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y montones de gloria; la república y el imperio no han servido para nada; el imperio sólo reguló la fuerza brutal de los brazos que la república había puesto en movimiento, dejándonos la centralización; administración vigorosa, que en mi juicio es un mal, pero que es quizás la única que pudiera reemplazar entonces las administraciones locales cuando todas estaban destruídas, y cuando la anarquía y la ignorancia bullían en todas las cabezas.

Unido por los desórdenes y los azares de su vida a los más grandes acontecimientos y a la existencia de los presidiarios, de los despojadores y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenía algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzmán de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhán de la regencia y del salvaje de la revolución. Poseía, además, la esencia de los Mirabeau, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes faciosos contados por el Dante; familia que se había naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la Edad Media en Italia, y el sentimiento feudal de nuestra Edad Media se habían reunido en una sucesión de hombres extraordinarios.

La extraordinaria fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular a su raza, producía como una figura poderosa parecida al juicio final de

Miguel Angel. Los sureos que la viruela había dejado sobre el semblante del orador semejaban la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecía haber modelado su cabeza para el imperio o para el cadalso, sus brazos estaban tallados para comprimir con ellos una nación o robar una mujer. Cuando sacudía su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su planta y mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. Yo lo he visto, en medio del espantoso desorden de una sesión, sombrío e inmóvil en la tribuna; recordaba el caos de Milton, impenetrable y sin forma en el centro de su confusión.

Tenía algo de su padre y de su tío, quienes, como Saint-Simon, escribían a la diabla páginas inmortales. Suministraban discursos para la tribuna, y escogía de ellos lo que su espíritu podía amalgamar a su propia substancia. Sacaba su energía de sus vicios, y estos vicios no nacían de un temperamento débil, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres lleva a la sociedad, destruyendo el sentimiento moral, una especie de bárbaros de la civilización, aptos para destruir como los godos, pero no tienen, como ellos, el poder de fundar; aquéllos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; éstos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Dos veces encontré a Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposición que Chapelier me había hecho conocer: Chapelier fué al patíbulo en la misma carreta que mi hermano y el señor de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y, sobre todo, mucho de sí propio. Aquel hijo de leones, león él mismo, con cabeza de quimera; excesivamente positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginación: en su lenguaje se reconocía al amante de Sofía, exaltado en sus sentimientos y capaz del sacrificio. «Yo encontré a esa mujer adorada...—me dijo—; supe lo que era su alma, esa alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba al través de áridas discusiones, me encantaban. Me interesaba, además, por otro motivo: también él había sido tratado severamen-

te por su padre, que, como el mío, guardaba la inflexible tradición de la autoridad paternal absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior, que era, no obstante, lo que le preocupaba; pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores, merced a la indiferencia con que ven las desdichas y los crímenes. Mirabeau había nacido generoso, sensible a la amistad, fácil para perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, su conciencia no se había falseado; sólo era corrompido para sí propio: su espíritu recto y firme no hacía del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no sentía admiración por los asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (la nobleza había tenido la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento. Pájaro cuyo nido fué entre cuatro torrecillas, dice su padre. Exigía que se le calificase con el título de conde, y vistió a sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo suprimía sus colores y cuarteles. Con frecuencia citaba a su pariente, el almirante de Coligny. Habiéndolo llamado el Monitor Riquet: «¿Sabéis—dijo colérico al periodista—que durante tres días habéis desorientado a Europa con vuestro Riquet?» Repetía esta gracia impudente y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, sería el hombre de talento y la mala cabeza; en la mía es el tonto y el hombre de bien.»

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; suya es esta hermosa frase: «He querido curar a los franceses de la superstición a la monarquía y substituir a ella su culto.» En una carta que debía ser leída por Luis XVI, escribía: «No quisiera haber trabajado tan sólo en una vasta destrucción.»

Removía la opinión con dos grandes palancas: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se había constituido defensor, despreciándolas; del otro, aunque traidor a su orden, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y comunes intereses. Nunca sucederá esto al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; sería abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia,